MUNDO DE LIBROS

El Señor y los demás son Cuentos

LEOPOLDO ALAS

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

El Señor y los demás son Cuentos

Leopoldo Alas

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

NOTAS DEL TRANSCRIPTOR

Las palabras en itálicas están indicadas con _guiones bajos_.

Ciertas reglas de acentuación ortográfica del castellano cuando esta obra fue publicada por primera vez, en 1919, eran diferentes a las existentes cuando se realizó la transcripción.

Por ejemplo vió, fué, dió en esa época llevaban acento ortográfico, mientras que vocablos que actualmente llevan acento ortográfico, como "reír" y "oír", cuando la obra fue publicada no llevaban acento ortográfico.

El criterio utilizado para llevar a cabo esta transcripción ha sido el de respetar las reglas de la Real Academia Española vigentes en ese entonces. El lector interesado puede consultar el Mapa de Diccionarios Académicos de la Real Academia Española.

Errores evidentes de impresión y de puntuación han sido corregidos.

La cubierta del libro en la versión HTML fue creada por el Transcriptor y ha sido puesta en el dominio público.

El Índice de capítulos ha sido trasladado al principio de la obra a continuación del prólogo.

* * * * *

COLECCIÓN UNIVERSAL

Leopoldo Alas (Clarín)

EL SEÑOR Y LO DEMÁS SON CUENTOS

MCMXIX

ES PROPIEDAD

Copyright by Leopoldo Alas
Argüelles. 1919.

Papel fabricado especialmente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)

El Señor y lo demás son cuentos

MADRID-BARCELONA MCMXIX

«Tipográfica Renovación» (C. A.), Larra, 8.--MADRID

Uno de los nombres más admirados--y temidos--de nuestra literatura contemporánea ha sido el de Leopoldo Alas, que hizo famoso el seudónimo de Clarín. _Fué profesor de Derecho, escribió tratados de Filosofía del Derecho, artículos de crítica, cuentos, novelas, y en todo cuanto hizo, en sus escritos, en sus clases, en sus conversaciones, dejó la huella de un alto espíritu de sinceridad moral, de un ingenio agudísimo, de una honda sensibilidad, de un dominio absoluto del arte literario._

_Nació en 1852 en Zamora, siendo su padre gobernador civil de

aquella provincia. La familia, asturiana de origen, regresó pronto a la tierra cantábrica, cuando_ Clarín _contaba aún pocos meses de edad. En Asturias se crió_ Clarín; _allí estudió y terminó la carrera de Derecho. Aficionado a la literatura desde niño, pasó a Madrid a estudiar Filosofía y Letras, por los años del reinado de D. Amadeo. En la corte, no sólo se entregó a sus estudios, sino que se dedicó también al cultivo de la crítica en los periódicos satíricos más conocidos entonces. Comenzó a firmar sus trabajos con el seudónimo de_ Clarín _en_ El Solfeo.

En 1881 obtuvo, por oposición, la cátedra de Economía política de la Universidad de Zaragoza. Poco tiempo después consiguió trasladarse a Oviedo, ciudad en que vivió hasta su muerte. Explicó Derecho romano y Derecho natural. Desde la capital asturiana prosiguió su labor crítica y literaria, escribiendo los maravillosos cuentos que reedita ahora la "Colección Universal"; _sus novelas_ La regenta, Su único hijo, _los artículos de crítica, en fin, amontonando esa tan copiosa como valiosa producción, cuyos caracteres, originales y profundos, aguardan aún un estudio detenido que determine la aportación de_ Clarín _al patrimonio de nuestra cultura_.

Fué su personalidad complejísima. No cabe analizarla en esta breve reseña. Crítico severo, implacable, derribó muchas reputaciones ficticias y alentó juveniles méritos. Cuentista incomparable, supo apresar en la brevedad de unas páginas la emoción tierna o fuerte. Novelista, ha dejado en La Regenta _una de nuestras mejores obras modernas. Por último fué maestro, un maestro tan sugestivo como apasionado, que derramaba en los espíritus jóvenes, con la sal de su ingenio, la fecunda lluvia de su ciencia y la ternura de su corazón.

Los que han tenido la fortuna de ser discípulos de_ Clarín _guardan de él un recuerdo imborrable_.

ÍNDICE

PÁG.

El Señor 7

¡Adiós, Cordera! 34

Cambio de luz 49

El Centauro 70

Rivales 77

Protesto 96

La yernocracia 108

Un viejo verde 116

Cuento futuro 127

Un Jornalero 165

Benedictino 178

La Ronca 196

La rosa de oro 210

EL SEÑOR

I

No tenía más consuelo temporal la viuda del capitán Jiménez que la hermosura de alma y de cuerpo que resplandecía en su hijo. No podía lucirlo en paseos y romerías, teatros y tertulias, porque respetaba ella sus tocas; su tristeza la inclinaba a la iglesia y a la soledad, y sus pocos recursos la impedían, con tanta fuerza como su deber, malgastar en galas, aunque fueran del niño. Pero no importaba: en la calle, al entrar en la iglesia, y aun dentro, la hermosura de Juan de Dios, de tez sonrosada, cabellera rubia, ojos claros, llenos de precocidad amorosa, húmedos, ideales, encantaba a cuantos le veían. Hasta el señor Obispo, varón austero que andaba por el templo como temblando de santo miedo a Dios, más de una vez se detuvo al pasar junto al niño, cuya cabeza dorada brillaba sobre el humilde trajecillo negro como un vaso sagrado entre los paños de enlutado altar; y sin poder resistir la tentación, el buen místico, que tantas vencía, se inclinaba a besar la frente de aquella dulce imagen de los ángeles, que cual un genio familiar frecuentaba el templo.

Los muchos besos que le daban los fieles al entrar y al salir de la iglesia, transeúntes de todas clases en la calle, no le consumían ni marchitaban las rosas de la frente y de las mejillas; sacábanles como un nuevo esplendor, y Juan, humilde hasta el fondo del alma, con la gratitud al general cariño, se enardecía en sus instintos de amor a todos, y se dejaba acariciar y admirar como una santa reliquia que empezara a tener conciencia.

Su sonrisa, al agradecer, centuplicaba su belleza, y sus ojos acababan de ser vivo símbolo de la felicidad inocente y piadosa al mirar en los de su madre la misma inefable dicha. La pobre viuda, que por dignidad no podía mendigar el pan del cuerpo, recogía con noble ansia aquella cotidiana limosna de admiración y agasajo para el alma

de su hijo, que entre estas flores, y otras que el jardín de la piedad le ofrecía en casa, iba creciendo lozana, sin mancha, purísima, lejos de todo mal contacto, como si fuera materia sacramental de un culto que consistiese en cuidar una azucena.

Con el hábito de levantar la cabeza a cada paso para dejarse acariciar la barba, y ayudar, empinándose, a las personas mayores que se inclinaban a besarle, Juan había adquirido la costumbre de caminar con la frente erguida; pero la humildad de los ojos quitaba a tal gesto cualquier asomo de expresión orgullosa.

II

Cual una abeja sale al campo a hacer acopio de dulzuras para sus mieles, Juan recogía en la calle, en estas muestras generales de lo que él creía universal cariño, cosecha de buenas intenciones, de ánimo piadoso y dulce, para el secreto labrar de místicas puerilidades, a que se consagraba en su casa, bien lejos de toda idea vana, de toda presunción por su hermosura; ajeno de sí propio, como no fuera en el sentir los goces inefables que a su imaginación de santo y a su corazón de ángel ofrecía su único juguete de niño pobre, más hecho de fantasías y de combinaciones ingeniosas que de oro y oropeles. Su juguete único era su altar, que era su orgullo.

O yo observo mal, o los niños de ahora no suelen tener altares. Compadezco principalmente a los que hayan de ser poetas.

El altar de Juan, _su fiesta_, como se llamaba en el pueblo en que vivía, era el poema místico de su niñez, poema hecho, si no de piedra, como una catedral, de madera, plomo, talco, y sobre todo, luces de

cera. Teníalo en un extremo de su propia alcoba, y en cuanto podía, en cuanto le dejaban a solas, libre, cerraba los postigos de la ventana, cerraba la puerta, y se quedaba en las tinieblas amables, que iba así como taladrando con estrellitas, que eran los puntos de luz amarillenta, suave, de las velas de su santuario, delgadas como juncos, que pronto consumía, cual débiles cuerpos virginales que derrite un amor, el fuego. Hincado de rodillas delante de su altar, sentado sobre los talones, Juan, artista y místico a la vez, amaba su obra, el tabernáculo minúsculo con todos sus santos de plomo, sus resplandores de talco, sus misterios de muselina y crespón, restos de antiguas glorias de su madre cuando brillaba en el mundo, digna esposa de un bizarro militar; y amaba a Dios, el Padre de sus padres, del mundo entero, y en este amor de su misticismo infantil también adoraba, sin saberlo, su propia obra, las imágenes de inenarrable inocencia, frescas, lozanas, de la religiosidad naciente, confiada, feliz, soñadora. El universo para Juan venía a ser como un gran nido que notaba en infinitos espacios; las criaturas piaban entre las blandas plumas pidiendo a Dios lo que querían, y Dios, con alas, iba y venía por los cielos, trayendo a sus hijos el sustento, el calor, el cariño, la alegría.

Horas y más horas consagraba Juan a su altar, y hasta el tiempo destinado a sus estudios le servía para su _fiesta_, como todos los regalos y obsequios en metálico, que de vez en cuando recibía, los aprovechaba para la _corbona_ o el gazofilacio de su iglesia. De sus estudios de catecismo, de las fábulas, de la historia sagrada y aun de la profana, sacaba partido, aunque no tanto como de su imaginación, para los sermones que se predicaba a sí mismo en la soledad de su alcoba, hecha templo, figurándose ante una multitud de pecadores

cristianos. Era su púlpito un antiguo sillón, mueble tradicional en la familia; que había sido como un regazo para algunos abuelos caducos y último lecho del padre de Juan. El niño se ponía de rodillas sobre el asiento, apoyaba las manos en el respaldo, y desde allí predicaba al silencio y a las luces que chisporroteaban, lleno de unción, arrebatado a veces por una elocuencia interior que en la expresión material se traducía en frases incoherentes, en gritos de entusiasmo, algo parecido a la _glosolalia_ de las primitivas iglesias. A veces, fatigado de tanto sentir, de tanto perorar, de tanto imaginar, Juan de Dios apoyaba la cabeza sobre las manos, haciendo almohada del antepecho de su púlpito; y, con lágrimas en los ojos, se quedaba como en éxtasis, vencido por la elocuencia de sus propios pensares, enamorado de aquel mundo de pecadores, de ovejas descarriadas que él se figuraba delante de su cátedra apostólica, y a las que no sabía cómo persuadir para que, cual él, se derritiesen en caridad, en fe, en esperanza, habiendo en el cielo y en la tierra tantas razones para amar infinitamente, ser bueno, creer y esperar. De esta precocidad sentimental y mística apenas sabía nadie; de aquel llanto de entusiasmo piadoso, que tantas veces fué rocío de la dulce infancia de Juan, nadie supo en el mundo jamás: ni su madre.

III

Pero sí de sus consecuencias; porque, como los ríos van a la mar, toda aquella piedad corrió naturalmente a la Iglesia. La pasión mística del niño hermoso de alma y cuerpo fué convirtiéndose en cosa seria; todos la respetaron; su madre cifró en ella, más que su orgullo, su dicha futura; y sin obstáculo alguno, sin dudas propias ni vacilaciones

Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

tiendamundodelibros.com